

gris de acero bruñido y de perla nueva con luminosidades cegadoras de blanco reflector, con lejanías incommensurables de pradera lunar, con perspectivas de cielos traslúcidos y de rudos paisajes de granito. Es la España del campo toledano, desnuda cual una hoja de espada, sin árboles y sin agua, sin cambiantes policromos en lontananza, sin trapos de color; la España de piedra, la España de los recuerdos, la España grave y silenciosa. En sus cuadros los personajes llegan á sentir una exaltación de alma casi mística, y por la tarde, al ver morir el sol en imperiales agonías de gran astro cristiano, experimentan una languidez de los sentidos que hace que en sus labios los besos y las oraciones tengan el mismo sabor. La última de todas las Españas, la de Verhaeren, es negra.

¡ La España negra! Con más color, con más calor y con más fuerza, nuestros grandes pintores y nuestros grandes poetas nos la habían hecho ver ya. Los enanos de Ribera, los piojosos y los mendigos de Murillo, los caprichos de Goya, son fragmentos de la leyenda negra de España. Quevedo y Hurtado de Mendoza fueron también insuperables en la pintura de negros cuadros nacionales. Y sin embargo, La España de Verhaeren parece más negra aún que la clásica, porque carece de aquella sonrisa benévola, de aquella gracia ligera de nuestros maestros, y porque está vista por un flamenco en cuyos ojos se retuerce aún la visión de las llamas inquisitoriales.

*
* *

DOMINGO. — Esto parece un cuento de alucinados y sin embargo no lo es.

Mientras yo trataba de consolarle diciéndole que su mal no era cosa de cuidado, Luciano sonreía con esa sonrisa de esfinge que suelen tener los enfermos incurables en los instantes de resignación. Luego, haciendo un esfuerzo vano para incorporarse en el lecho, me dijo :

— Estoy tísico.

— No; no. ¡ Y aunque lo estuvieras! Hoy todo se cura.

— ¿ Todo?

La breve pregunta fué pronunciada de una manera tan enigmática, tan sumisa y tan irónica á la vez, que no me atreví á contestarle.

El prosiguió :

— Todo, menos mi mal.

Los médicos dicen que, teniendo, como tengo, una constitución robusta, no habiendo abusado nunca de los placeres y vivido bien, mi tisis es misteriosa y no ofrece origen visible. Para ellos no lo ofrece, en efecto; mas para mí sí. Me muero de frío... ¿ Te acuerdas del último baile de Noemí? Al volver á casa, en la madrugada, una silueta femenina llamóme la atención con la gracia menuda de su línea; y sin deseos, sin esperanzas, sin darme siquiera cuenta de lo que hacía, le seguí, paso á paso,

por la grande calle apenas despierta, componiendo mentalmente frases sin coherencia y sin sentido al ritmo de sus caderas que ondulaban ante mí como alas de paloma. Lo que duró nuestra marcha silenciosa no podría decírtelo, pero debe de haber sido mucho tiempo, mucho tiempo, pues cuando llegamos al lugar del crimen el sol había ya dorado la piedra de las fachadas. El cielo estaba alegre, como siempre que se trata de cobijar un acto cruel, como en las tardes de corrida. Desde entonces...

— Pero, ¿y el crimen? — preguntéle inquieto.

— Ella se detuvo (murmuró). — Y me clavó los ojos en el alma (murmuró más quedo).

En seguida dejó de hablar. Con la mirada fija en el reloj de la chimenea y siempre sonriendo con su helada sonrisa de esfinge, permaneció inmóvil cual un muerto.

La atmósfera de aquella alcoba, saturada de emanaciones de éter y de creosota, saturada sobre todo de fantasmas; la atmósfera alucinante y acongojadora, oprimióme el corazón hasta el punto de hacerme pensar en salir de allí abandonando á mi amigo para siempre. Él lo adivinó, sin duda, pues volviéndose hacia mí, me dijo:

— No te vayas... no me dejes morir solo... Mira que desde entonces vivo en una agonía perpetua y deliciosa, de frío y de insomnio. Durante las primeras semanas, figuréme que la alucinación sería pasajera y que, trabajando ó viajando, me curaría sin gran dificultad del mal de mi visión fija. Entonces me marché á Italia, en busca de calor; pero los ojos se fueron conmigo; y mirándome sin cesar, día y noche, de noche sobre todo, siguieron helándome la

sangre entre las venas... ¡oh, aquellos ojos, esos ojos! Ahí están... tú no los ves, pero allí están tales como el primer día que me acariciaron desde lejos con su mirada fría y muerta, con su mirada de eternidad, de virginidad, de sufrimiento; con su triste mirada de crimen y de vicio... Ahí están... Y no tienen expresión, no me dicen nada, no hablan... Son dos pupilas de agua glauca, dos pupilas líquidas, y vacías, y claras, y casi sin color, y sin forma ninguna... Son los ojos de Ofelia y de Melisanda... Son los ojos de Astartea, reina del mar... Son ojos de sirenas ahogadas... Son la venganza del amor asesinado... Los ojos de María Antonieta, deben de haber sido así en el momento de la muerte... Son ojos muy antiguos, conservados en lágrimas... Allí están, mira...

Una risa nerviosa y estridente, no muy sonora, pero sí muy intensa, sacudió los labios de mi amigo.

Yo tenía miedo.

— No tengas miedo — me dijo él sin que palabra ninguna hubiese revelado mi espanto. — No tengas miedo... No te harán nada... Son sólo míos y sólo á mí me buscan y me acarician con una tenacidad celosa... A veces, por la noche, cuando rendido por la fatiga del placer inmenso y doloroso que sus miradas me producen, me duermo por completo, sus pupilas se dilatan y me despiertan, obligándome á tiritar de frío. Hace un año, después de haber pasado tres días gozando de ellos como un loco, gozando sin cesar, empapándome en sus esclavos, aniquilándome ante sus resplandores de luz agonizante, retorciéndome en un espasmo sin fin; después de haber

llorado y de haber reído setenta horas enteras, no pude más y les pedí por Dios que me dejaran solo al menos un día, medio día, las ocho horas que los obreros reclaman para dormir; nada más que eso. ¡Y fué horrible!... ¡No puedes figurarte lo horrible que fué... Se marcharon, me dejaron solo, ya no tuve frío, ya no sufrí, y mi alma, mi pobre alma enamorada, sufrió, sin embargo, mil veces más de no sufrir... Pero volvieron. En su crueldad infinita, son clementes... Y allí están de nuevo, siempre míos, siempre fijos, muriendo conmigo, matándome dulcemente, piadosamente, sin perder un minuto, ni un segundo; matándome de las mil muertes de que ellos han perecido... Porque son ojos muy antiguos, conservados en lágrimas... Son tal vez los ojos de Cleopatra, palidecidos por los siglos... los ojos de Salomé, arrepentidos... son los ojos de todas las princesas lejanas muertas de amor... ¡Son tan claros, tan fluidos, tan tiránicos! A veces parecen turquesas iluminadas por una luz espectral; á veces son ópalos mates, con toda el agua de la gema glauca, pero sin sus cabrilleos de luz; á veces son esmeraldas casi blancas... En la penumbra de nuestras noches de vértigo, semejan inmensas gotas de agua de un mar muerto desconocido, iluminadas por la luz de la luna... ¿No los ves?...

Luciano se volvió hacia mí. En su sonrisa enigmática, había titilaciones febriles, muy rápidas, muy ligeras...

— ¿No los ves? — tornó á preguntar señalando al cielo con el índice crispado.

En seguida terminó:

— Y lo más admirable es que son ojos muy anti-

guos que se preparan sencillamente para vivir una vida personal dentro de muchos siglos. Son los ojos futuros de la Venus sabia, son los ojos con que mirará más tarde, mucho más tarde, la diosa de la Lujuria, esa diosa que aun no ha nacido, que está apenas en formación, y cuyo advenimiento preparamos todos los que morimos de amor... Porque la Lujuria vive de Muerte y de Dolor. Y la Vida no tiene nada que ver con ella. Y la Salud es su enemiga... Van á morir conmigo esos ojos; van á morir viéndome morir, para absorber mi último suspiro... Y cuando hayan, así, ahogado en sus ondas glaucas muchos millares de almas, muchos millares de miradas, muchos millares de agonías, se engazarán entre párpados muy blancos, algo marchitos, eternamente abiertos, y reinarán en una humanidad de locos que, por Ellos, vivirán muriendo en un espasmo sin fin.

*
* *

LUNES. — Aquí en París los teatros han apagado ya sus luces. Allá en Rennes la sala del consejo de guerra en que va á representarse la tragedia de Dreyfus, no ha abierto aún sus puertas. Y Francia está inquieta y el boulevard está nervioso.

« ¿Adónde vamos? » — se pregunta todo el mundo — « ¿A la guerra civil? ¿A la tiranía militar? ¿Al entierro de la República? ¿A un conflicto europeo? »

Por mi parte, creo que París va sencillamente por la ruat de siempre, con la febril actividad de toda la

vida. Va al escándalo sin trascendencia, va al bullicio llamativo, va á la pelotera pintoresca. Habrá gritos aún, muchos gritos, muchos gestos, muchísimo movimiento, pero ¿habrá sangre?

¿Contra quién luchar en efecto? Todos respetan á la República, todos adoran á la justicia y todos quieren la paz. Lo único que da al país el aspecto de un campo de Agramante, es la infinita variedad de criterios adoptados para conseguir el mismo objeto.

Y París, siempre comediante, siempre deseoso de hacerse ver y de hacerse admirar, cultiva tal agitación con objeto de que el mundo no se muera de fastidio y pueda divertirse con algo mientras viene la Exposición.

Muchos hay que temen que el gran certamen internacional de fin de siglo haga fiasco á causa de la inquietud política actual. Yo no lo creo y tengo en apoyo de mi optimismo el ejemplo de las últimas fiestas parisienses que han sido por lo menos tan lucidas y tan alegres cual las de los años anteriores.

¿Cuándo ha visto el mundo una exposición de flores tan concurrida como la actual? Desde por la mañana hasta por la noche un desfile inmenso y adorable de mujeres bonitas, contribuye con el perfume de sus cabelleras á hacer más embriagador aún el ambiente que en la terraza de las Tullerías se respira. Ante las rosas y las orquideas nadie piensa en las luchas dreyfusistas; y blancos y rojos se ponen de acuerdo para exclamar: *c'est beau, la beauté!*

¡Sí que lo es! Lo es en todo. ¡Lo es en las pupi-

las de las parisienses, que brillan, cual piedras preciosas, con pálidos reflejos de turquesa ó con intensos resplandores de zafiro; lo es en los nuevos trajes femeninos, estrechos y ligeros, ajustados al cuerpo como corazas, sencillos como amazonas y tan esbeltos, tan ondulantes! Lo es, en fin, más que en ninguna otra parte, en las platabandas artificiales cubiertas de pétalos extraños, de altos cálices hieráticos, de menudas ramas floridas, de lianas versicoloras, de hojas nunca vistas, blandas cual antiquísimas sederías y de matices casi inconcebibles.

¡Sí, es bella la belleza! Y además es buena, aun sin ajustarse á leyes de ética-estética, porque nos pone de acuerdo, porque nos hace olvidar las malas pasiones, porque nos obliga á comulgar en la copa ideal de bordes cincelados y de forma impecable; todos paganos para Ella.

Las flores que más éxito tienen este año en la Exposición son las begonias complicadas y sobrenaturales, dobles, triples, frondosas, á veces, en su pequeñez, como selvas primitivas y á veces perfectas y frías, con aspecto de camelias y de rosas; las begonias *compuestas* por un horticultor de genio que las ha obligado á tomar proporciones y formas increíbles y que las ha hecho también erizarse de los más raros colores, estableciendo en sus coronas de pétalos gamas enteras de blancos, ya pálidos, ya mates, ya lucientes, y de áureos con todos los tintes del oro, desde el antiguo clarísimo de las onzas mejicanas hasta el cobrizo de los nuevos luises franceses,

Todos los adoradores de las flores se acordarán de la Exposición de este año.

La Exposición de pintura y escultura, en cambio,

cerrará pronto sus puertas sin dejar un recuerdo verdaderamente indeleble. Entre sus cien mil lienzos y sus sesenta mil esculturas, no hay una sola obra digna de « formar época », ni por lo buena ni por lo mala. El « Salón » del año pasado tuvo su *clou* en el *Balzac* de Rodin; otros « Salones » han dejado el recuerdo indeleble de ciertos cuadros y de ciertas estatuas, ó de estilos nuevos por lo menos y de tendencias antes desconocidas. Ahora nada. Y es porque, según dicen, aquí como en Madrid y en Madrid como en Londres, los grandes pintores y los grandes escultores prefieren guardar sus obras significativas para la Exposición universal de 1900.

¡ Todo por la Exposición, todo para la Exposición !

De América, de Asia, de Africa, á los que vivimos en París, nos escriben los amigos anunciándonos sus visitas para la próxima primavera. Los comerciantes nos dicen : « Hoy todo va mal, pero nos resarciremos durante la Exposición. » Y Neuilly, y Passy, y Boulogne, antes desiertos, se pueblan en un día de inmensas casas de estilo yankee, cuadradas, pesadas, cómodas.

Todo para la Exposición.

La literatura misma espera con inquietud el día de la apertura, con objeto de lucir más que en épocas ordinarias. Zola prepara una novela política, en la cual aparecerá, en altos relieves de carne viva, toda la breve y brava humanidad que ha tomado directamente parte en el asunto Dreyfus; Rostand escribe, desde hace cinco años, una tragedia imperialista, *El Aquilucho*, sobre el príncipe Bonaparte, duque de Reichstadt, hijo del águila; Sara Bernhardt combina,

en el fondo de su cerebro de alquimista, mil proyectos mágicos para el futuro mes de mayo; Moréas traduce, en versos franceses, el *Don Juan* de Zorrilla, ese don Juan desdeñado por los profesores de retórica y adorado por el pueblo y por los poetas; cien folletistas compulsan y extractan las crónicas de 1889 para hacer de antemano novelas relativas á las grandes ferias cosmopolitas; Ibsen y Tolstoy, en fin, han prometido á venir á París.

Todo para la Exposición...

*
* *

MIÉRCOLES. — El director de *Barcelona Cómica* me dirige en su periódico la siguiente carta :

« Sr. D. E. Gómez Carrillo

» en *La Vida Literaria*

» Madrid.

» May señor mío y endiosado y soberbio compañero : El señor Marquina creyó y sigue creyendo y así lo dijo en este periódico que se honra contándole entre sus colaboradores, que *las tendencias* y *los ideales* de usted son nocivos al verdadero arte. Expresó esta su idea con más ó menos fogosidad; nunca con ánimo preconcebido de molestar á usted ni usando para ello alguna de las frases que usted se permite atribuirle, y que es absolutamente inexacta. De que usted, por efecto de esa *soberbia intolerable* que se desborda por todos los puntos de sus escri-

tos, no haya apreciado en el de Marquina más que lo que hay en él de ataque á su personalidad literaria, prescindiendo en absoluto de lo importante y *sustancioso* de sus afirmaciones... de eso, señor Gómez Carrillo, no tenemos la culpa ni Marquina ni yo; la tiene ese *narcisismo*, esa contemplación y adoración de sí mismo en que por desgracia suya vive usted *sumido*.

» Yo siento que el número de *La Vida Literaria* en que se inserta la réplica de usted haya llegado á la redacción, cuando entregado ya y compuesto el artículo de Marquina, no era tiempo ni ocasión de que éste le contestara.

» Para terminar. Proclama usted al señor Ortega como editor de talento. Pues por lo mismo que lo es, no quiere Ortega inmiscuirse en asuntos que por ley de razón son pura y exclusivamente de la incumbencia de la dirección de su periódico. Para eso busca y escoge Ortega un director de su confianza; para, una vez escogido, dejar á su cargo cuantas incidencias de carácter artístico ó literario pudieran surgir en la marcha del periódico.

» Una advertencia: Marquina es... Marquina. ¡No es Martínez... señor Gómez Carrillo!

» Suyo afectísimo y atento s. s. q. s. m. b.

El Director de BARCELONA CÓMICA. »

Si; en efecto: Ortega tiene talento, pues en su *Barcelona* hasta el director es cómico.

*
* *

LUNES. — Acaba de recorrer sus antiguas provincias, desde el litoral italiano hasta el mar inglés, la emperatriz Eugenia. Triste y silenciosa, llevando en el alma dos águilas muertas por ella, me ha producido la impresión de un fantasma vestido de luto, de un fantasma envejecido y lamentable, evocador de pompas difuntas. Y la Francia republicana la ha visto pasar, con respeto y sin nostalgia, descubriéndose ante el tren que la llevaba como ante un cortejo fúnebre.

Francia admira á todos los reyes que no son suyos. Al heredero de la corona de Inglaterra le da el título de Príncipe de la moda; al emperador de Rusia le llama familiarmente Nicolás, y al monarca alemán lo apoda, no sin cierto cariño, el *petit empereur*.

Cuando en 1873 el sah de Persia vino á París, el pueblo le recibió mal, y diez años después también recibió mal á Alfonso XII. El régimen republicano no estaba aún consolidado en el alma nacional y las ligas democráticas veían entonces con recelo todo lo que podía contribuir á dar importancia á los príncipes de la casa de Orleans que aún montaban la guardia llenos de quiméricas esperanzas en la frontera belga. Más tarde el espectro de fantásticas restauraciones desapareció por completo, y Carnot pudo recibir suntuosamente, sin despertar temores, á Alejandro de Servia, á Jorge de Grecia y á Oscar de Suecia. En cuanto á Félix Faure, su periodo presi-

dencial fué una eterna recepción regia. Cien monarcas vinieron á verle: Leopoldo de Bélgica, Carlos de Portugal, Fernando de Bulgaria, el rey de Siam, Fusini del Japón, la reina Victoria y varios príncipes herederos, sin contar á los césares de Rusia, cuyo viaje á París fué el más deslumbrador paseo regio que monarca alguno ha dado en la tierra.

Todo esto, empero, no es nada en comparación de lo que el mundo ha de ver dentro de un año en la Plaza de los Tronos de la Exposición, donde, según se calcula, llegarán á reunirse hasta veinte señores de veinte pueblos distintos.

Sólo la emperatriz Eugenia no vendrá entonces, porque su carro fúnebre haría mal efecto entre las carrozas doradas de sus antiguos hermanos.

Y el emperador de Alemania ¿vendrá ó no vendrá? En Londres, según parece, los lores comienzan ya apostar sobre el asunto. « Irá » dicen los que le conocen. Pero los que conocen á París, responden: « No irá. » Por mi parte creo que no vendrá á pesar de su deseo febril y algo enfermizo de pasearse por los bulevares. *El Times* aseguraba, entre burlas y veras hace pocos días, que « ese militar, enamorado de una chica que no le quiere, es capaz de echar por la ventana el patrimonio de su inolvidable abuelo con objeto de obtener sus favores ». En tal caso sí podría venir. Francia no acepta arreglo ninguno mientras las dos provincias perdidas sigan siendo germanas. Arsenio Houssaye lo dijo en otro tiempo refiriéndose á un poeta: « Para entrar en París es necesario que deje de ser alemán. »

Acordándose quizás de la misma frase, Drumont acaba de decir á Dreyfus: « No habría más que un

medio de que usted fuese inocente, y es que usted no fuera judío. » A lo cual Reinach, completando gráficamente toda la campaña de *l'affaire*, ha respondido: « Lo que prueba que no puede ser culpable es que es israelita. »

¿Os parece ridículo ese modo de discutir? A mí me parece siniestro y macabro. Un hombre, moro ó cristiano, sufre en el más horrible de los presidios la más infamante de las condenas, y cuando dos ó tres personas de buena voluntad se enteran de que su mala suerte puede ser inmerecida, los partidos políticos le convierten en un objeto de discusión política, y, de uno ú otro modo, le comprometen cada día más, atacándole ó defendiéndole.

Todos hablan, en efecto, de la habilidad de los defensores de Dreyfus; pero la habilidad no parece. Para defenderle, se ha atacado al ejército. El ejército, para defenderse, ataca á Dreyfus.

Y el ejército, en Francia como en España y como en el resto del mundo, es la más poderosa de las instituciones. Ved sus fiestas, la de la paz no son tan ruidosas; ved sus periódicos, son los más ricos. « Somos la patria » dicen los militares. Y cuando el pueblo quiere glorificarse vitorea á sus tropas.

Sí. ¡Viva el ejército! *Vive l'armée!* ¡Viva lo que representa la guerra! Y mientras allá en Holanda los delegados del mundo entero discuten sin gran confianza los medios de suprimir las luchas fratricidas, aquí en París los regimientos hacen simulacros guerreros ante los agregados militares de las potencias europeas.

El espectáculo es hermoso sin duda; cien generales, á caballo, precedidos por cien fanfarras gue-

rreras y seguidos de masas compactas de hombres de oro y de púrpura, maniobran bajo el sol de verano. En el ambiente canicular, flota un olor penetrante de carnes sudosas. Los sables desnudos brillan con centelleos imponentes. Todo es luz, y ruido, y movimiento.

¿Qué celebran esos hombres rojos? El triunfo de la Libertad. ¿De la libertad de matar? No; de la libertad de vivir. ¡Ironía!...

Todo es irónico en nuestra humanidad que piensa con ideas justas, que desprecia la fuerza brutal y que cree en la piedad, pero que en el momento de obrar emplea los procedimientos de las razas primitivas y salvajes. Ironía la palabra justicia en labios de los antisemitas; ironía la conferencia de la Paz presidida por un militar prusiano; ironía, en fin, el título de « héroes de Fashoda » con que París saluda al comandante Marchand y á sus quinientos soldados negros.

Sólo las mujeres saben ser lógicas y sencillas; y así, mientras nosotros discutimos bajo las colgaduras tricolores durante las fiestas de julio, ellas aprovechan las músicas callejeras para bailar al aire libre sin pensar en que hay una cosa que se llama política y otra que se llama ejército.

-- ¿Qué piensa usted de los militares? preguntaba un dreyfusista á una parisiense.

Y ella respondió:

-- A mí me gustan los tenientes porque son jóvenes, porque son guapos y porque bailan bien.

Este año, sin embargo, ya ni los tenientes bailan. El ejército ha perdido su buen humor por culpa de *Vaffaire*. Todos los que llevan un uniforme azul y

rojo padecen de la locura de la persecución, figurándose que el oro judío ha comprado la voluntad nacional con objeto de desacreditarles. Los únicos que bailan son los horteras. ¡Quién fuera hortera!...

*
* *

MIÉRCOLES. — Acabo de pasar algunas horas en la exposición de pintura, admirando los desnudos.

¿Qué admirable Salón podría formarse arreglando hábilmente en la « Estancia azul » del Campo de Marte, todas esas imágenes que, repartidas como ahora se hallan en las grandes galerías eclécticas, pierden, por culpa de las vecindades burguesas, mucho de su encanto puro y de su gracia sensual! Si; sería un Salón encantador. Y más que un Salón, sería un templo en cuyo recinto sagrado podrían arrodillarse las almas apasionadas sin temor de que los rostros modernos interrumpiesen con sonrisas escépticas la gran devoción de la Carne. — Los adoradores de la Castidad hallarían en él muchas capillas para exaltar místicamente su ideal luminoso; á los devotos de la Lujuria también les sería fácil encontrar allí cuerpos dignos de ser cantados en letanías fantásticas; y sólo á las almas tibias les estaría prohibido entrar en su recinto.

Para mí, las principales imágenes del nuevo templo artístico, tendrían que ser: la *Stella*, de Picard; la *Frinea*, de Blanc; la *Eva*, de Mangeant; las *Artes*, de Deschamps; la *Venus*, de Gervé; la *Botánica*, de Duez; la *Harmonía*, de Menard; la *Toilette de Alice*,

de Lee-Robbins; la *Primavera*, de Callot; la *Pesca*, de Lafon; la *Lucila*, de Carolus Duran; el *Estudio*, de Gironde; *L'Epave*, de Granger, etc., etc. — Y he aquí algunas de las plegarias que su contemplación haría brotar de mi alma:

Á la BOTÁNICA, de Duez:

«Tú, Botánica, eres diosa y gentil. Las flores que te rodean, confundiendo el color de sus pétalos con el matiz de tu carne, son hermanas tuyas porque nacieron, lo mismo que los cuerpos venusinos, de la caricia solitaria de los Elementos. El único marco digno de encuadrar tu desnudez olimpica, es la gran Naturaleza. Tus formas se destacan más puras entre el azul fosforescente del cielo y el verde tierno del campo que entre las sedas purpurinas de las alcobas. La mirada del hombre mancharía tu piel de rosa y los besos humanos te repugnarían, porque nuestras pasiones están llenas de desorden, mientras tu alma de ninfa odia los movimientos que descomponen las líneas. Tus placeres nacen de la contemplación y son ingenuos: oyendo la flauta lejana del dios Pan, te adormeces lírica y tranquilamente; viendo la silueta vaporosa de tus caderas en el espejo de los arroyos, te regocijas; y sintiendo el perfume de las flores desconocidas, te pierdes en espasmos dulces y harmónicos. Nada te conmueve, porque siendo ideal has podido hacer de la castidad y de la belleza un escudo invencible. — Para ser Venus te falta el ardor, para ser Musa te falta el entusiasmo, para ser Diana te falta la fortaleza; mas posees la impassibilidad rítmica y, sin saberlo tú mis-

ma, eres la Harmonía. — Las razas antiguas adoraron tu actitud; y si nuestras almas enfermas te desdennan y te aborrecen, es porque aun no han podido comprender la sonrisa inconsciente de tus labios... Sin embargo, tú eres la única vencedora secular; pues nosotros moriremos, tú seguirás de pie, y cuando el universo recobre su sagrado equilibrio, los mortales volverán á inclinarse ante el zócalo perdurable de tu gloria.»

Á la STELLA, de Picard:

«Tú, virgen, eres cristiana. Por tu carne pálida corren estremecimientos de voluptuosidad mística; tus senos duros y vibrantes podrían servir de modelo á los artifices del oro para labrar vasos sagrados y divinos Santos Griaes; tus grandes ojos lípidos acarician lentamente mil tentaciones lejanas, y en el pliegue misterioso de tu boca hay espasmos soñados y besos no sentidos. Un nimbo podría divinizar te y un esfuerzo diabólico te perdería. Tu éxtasis me desconcierta y me inquieta, porque nada está tan cerca del fanatismo apasionado como el deseo invencible. — Cleopatra siendo virgen y Teresa de Jesús siendo joven, deben de haber visto como tú el círculo ardiente de las tentaciones; ambas fueron, al fin, víctimas del Amor, y, viviendo de caricias opuestas, tuvieron fatalmente que juntarse en el polo de la Sensación. Tu cuerpo ha menester de goces infinitos que sólo el martirio ó el vicio pueden proporcionarle. Tus momentos de duda son horribles y tu alma flotante no podría salvarse sino por el paganismo ingenuo. Giotto y Bianchi, sin embargo,

no te aconsejarían nunca que dejases caer tu alma apasionada entre las redes tibias de Venus. — Sé ardiente, sé instintiva; lucha, y deja, al fin, que la Lujuria mística te ahogue entre sus brazos de fuego. Sólo así serás divina é inmortal, virgen fanática. »

Á la ALICE de Lee-Robbins :

« Á ti, Alice, te conozco más que á Botánica, y te comprendo mejor que á Stella, porque tu alma de prostituta es menos complicada que sus almas de vírgenes. Te he visto pasar por los bulevares; te he seguido por los paseos; te he encontrado en las salas de los teatros y he admirado tu pierna blanca en los bailes públicos... Más aún, Alice: he besado tus labios rojos y me he embriagado con el perfume capitoso de tus senos. — Eres la Venus vulgar. — Tu nombre no sonará nunca en las casas honradas; la castidad moderna te tiene lástima; pero los adolescentes palidecen soñando en ti, y los viejos aristócratas se vuelven locos en tu alcoba. Dicen que eres mala porque empleaste las economías de un coronel en comprarte un aderezo ó porque hiciste que uno de tus amantes robara para conseguir la sortija que deseabas; pero en realidad no hay nadie más buena que tú, cuyo dinero ha servido á muchas amigas en desgracia para no morir de hambre. También dicen que eres insensible, porque tus párpados de nácar se cierran pesadamente mientras los burgueses lascivos sacian en el ánfora de tu boca la sed de besos prohibidos... ¡Pobre Alice! Tu carne ha sido magullada por las manos de los borrachos; ha derramado gotas de sangre en las mesas de los hospitales y ha per-

didó muchas fibras entre las brutalidades vulgares del vicio; pero aun hay, en el fondo de tu ser, una cuerda sonora, una cuerda intacta; y el hombre escogido que logra hacerla vibrar con sus caricias dulces y capitosas es dueño pasajero de tu corazón; y tú eres feliz siendo una noche su esclava. — En medio de este mundo moderno que quiere metodizar hasta el Deseo, tú apareces ante nuestra vista como la única descendiente de la raza de las bacantes. Y no siendo ni verdadera Amorosa ni verdadera Prostituta, vacilas entre ambos puntos y te llamas Pecadora. »

* * *

LUNES. — En la colina sagrada, en el campamento de los bohemios del arte, en la Eleusis moderna de los misterios carnales, en Montmartre, en fin, como ayer y como siempre... Esta noche me acompaña el escritor Soussens, suizo de origen, argentino de alma, corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires, en París; cultivador modesto y ardiente, sin esnobismo y sin vanidad, del espíritu modernista.

En el cabaret de las Cuatro Artes, cuando nuestra mesa se llena de amigos y cuando uno por uno, con reverencias algo cómicas, dicen su nombre á Soussens, mi amigo se emociona y me murmura al oído: — ¡Estamos entre dioses!

Los que nos rodean son Laurent Tailhade, ya bastante cano, bastante envejecido, pero siempre decididor y entusiasta; Jorge d'Esparbés, moreno como

un moro, con aspecto de oficial árabe, grave y sonriente; Privás, el príncipe de los cancioneros, á quien coronaremos mañana; Gabriel de Lautrec, el amante de Scilla, burlón y aristocrático; Montoya, el cantor delicioso que nos recita sus nuevas canciones sevillanas; Leandre, el dibujante, serio cual un obispo y cortés cual un cardenal; otros menos ilustres y más jóvenes, los mismos de ayer, en suma, y los mismos de mañana.

Todos hablan á la vez, en tono de broma, sin hacer frases, sin tratar de llamar la atención; hablan como mujeres, interrumpiéndose, interrogándose, apostrofándose...

Los últimos retratos de Rosario Guerrero, que la divina artista acaba de mandarme, circulan de mano en mano y provocan admirativas exclamaciones. « ¡ Oh, los brazos! — dice d'Esparbés — los que le faltan á la Venus de Milo son menos bellos! » « ¡ Y los ojos! — murmura de Lautrec — ni los de Scilla son tan lindos! » Otros van más lejos...

Soussens me confiesa:

— Yo les creía más serios; pero les prefiero así.

Yo también les prefiero así, algo locos y algo niños como todos los artistas de verdad, sin orgullo exterior, sin *pose*, sin caras de pontífices, diciendo lo que les viene en mientes y diciéndolo con bonachonería.

Recuerdo que Pedro Emilio Coll salió espantado de una reunión del *Mercurio de Francia* al ver que Gourmont y Albert, Rachilde y Samain, Regnier y Tinán, no hablaban del arte sagrado en frases ampulosas, sino que decían bromas y reían y se burlaban

de los compañeros ausentes y no parecían tomar en serio ni aun sus propias obras.

Más parisiense que Coll, Soussens se acostumbra pronto á las maneras de los artistas parisienses, y al cabo de media hora de charla, ya tutea, y se deja tutear, y ríe de buena gana cuando Montoya le pregunta si Buenos Aires es la capital de Cuba ó si es una colonia italiana.

Ríe y dice:

— Es un pequeño París.

— Y naturalmente — responde otro — tendrá en las cercanías una pequeña Suiza.

Soussens se entusiasma hablando de los gauchos, de las grandes llanuras, del río inmenso. Luego termina asegurando que él es gaucho.

En realidad, es un hombre de alma ingenua, con cuyas impresiones parisienses ganará *La Nación* lo que ha perdido con las páginas de muchos esnobs que de puro serios llegan á hablar de París como mi querido Luis Taboada habla de Portugal.

*
**

MIÉRCOLES. — Charles Malato es uno de los periodistas franceses mejor enterados de las cosas de España. En su último artículo de *L'Aurore*, dice:

« Los más estimados republicanos como Nakens, director de *La Mañana*, y Lerroux, director de *El País*... »

Si así habla el más enterado, figúrense ustedes cómo hablarán los otros; los comentadores de doña Emilia, por ejemplo.